

Vargas Llosa

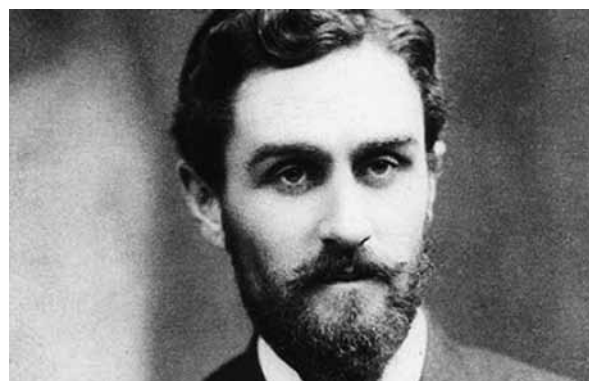
Del sueño a la pesadilla

Miguel Ángel Flores



VARGAS LLOSA EN SU MEJOR MOMENTO como novelista. Vargas Llosa *at his best*, se diría en la lengua de Guillermo Agitavara. El Premio Nobel al fin llegó cuando estaba en prensa su novela más reciente: *El sueño del celta*, el último eslabón de un proyecto narrativo de ambición desmesurada, que está a la altura de las circunstancias. No parece haber falla en la construcción de la novela. La maestría en el oficio de narrar puesta al servicio de una fabulación que va a atrapar la atención del lector hasta el final, a pesar de que las piezas ya están reveladas, pero no importa el destino, lo que interesa son las etapas de un viaje que desemboca en una patética estación que se llama muerte. La estrategia narrativa funciona: partir de una construcción biográfica, seguir sus líneas maestras e ir sembrando datos con los que se va borrando la débil línea entre verdad y ficción. Ya que lo que importa no es lo que sucedió, ni cómo sucedió, sino la forma en que el protagonista va asumiendo los hechos y reflexionando sobre su fatalidad. Una noche oscura del alma. Y Vargas Llosa logra hacernos ingresar en la mente de Roger Casement, con la verdad de las mentiras.

La forma histórica siempre ha interesado a Vargas Llosa, y a ella vuelve en el tratamiento de *El sueño del celta*. Política y literatura forman la trama de su quehacer literario. Pero si postula una realidad en su novela, sabe que es una realidad literaria, por más que suene a frase de Perogrullo. Los lectores conocen innumerables ejemplos de confusión. ¿Por qué



escogió a un personaje como Roger Casement para su nueva fabulación? Porque al novelista siempre le ha fascinado el juego de las apariencias y el cambio violento en la percepción de una realidad que se opera en el lector al develarse datos inesperados de un personaje. Quién mejor que Casement, de compleja psique y de compleja existencia, puede servir de inspiración. Quién mejor que alguien que se especializó en llevar una doble vida, que lo orilla a las contradicciones más insostenibles para su conciencia y que termina al fin por destruirlo. Quién mejor que un héroe que se sabe alcanzado por un destino pero no derrotado. Los datos



de una biografía resumen los acontecimientos de una vida, en este caso la de un joven que se interna en el incógnito territorio de un dilatado reino que llaman el Congo, para descubrir el rostro del mal, las cotas de perversidad a la que puede llegar el hombre cuando no hay frenos morales y se vive protegido por el dominio de la impunidad. Primero como aventurero descubrirá la fascinación de un paisaje en medio de ese horror. Revivir esos momentos es la virtud del novelista Vargas Llosa. Luego el aventurero, como cónsul del gobierno británico denunciará el horror y pasará a ser el defensor de esos desheredados de la tierra. La experiencia le descubrirá el infierno en la selva y las aberraciones del colonialismo disfrazado de civilizador. La situación colonial que vivía el África la extrapola a su lugar de nacimiento, Irlanda: Casement establece una identidad en la que no logra discernir los matices, y eso significará su ruina. La novela pondrá de relieve esos matices.

Funciona el juego de Vargas Llosa. Casement es un desconocido para la inmensa mayoría de sus lectores, que se ubican en el ámbito de la lengua española. Su vida de novela contiene los datos suficientes para servir de inspiración a un narrador, pero Vargas Llosa sabía que apegarse al recurso de una biografía novelada empobrecería sus intenciones. Sólo mediante la ficción se podría ingresar en esa compleja psique de Casement y bordear sobre las contradicciones para dar fuerza a la novela. No bastaba nombrar el mal y describirlo: había que encarnarlo dentro de una acción y en una idea.

“El sueño del celta” fue un poema que escribió Roger Casement, la expresión del sueño por recuperar los orígenes y devolver a la patria, despojada de su herencia lingüística y cultural, su esplendor. Arrancarla del férreo abrazo del imperialismo británico y hacerla

brillar con el sol de su independencia recobrada. El poema es la expresión de un sueño imposible; utópica es la pretensión de revivir un organismo inerte: el gaélico. Una lengua muerta que suena artificial entre los patriotas de Eire, y cuya dificultad en su aprendizaje es para Casement uno de los más dolorosos fracasos de su empresa reivindicadora de aquella isla bautizada Hybernia por los romanos y que cubre un velo de brumas, territorio que perdió su identidad hace ya casi un milenio.

Roger Casement viajó al Congo y conoció la inmensidad de su río y el sistema de esclavitud organizado para explotar el caucho; conoció también las entrañas de la empresa colonial confiada al rey belga, Leopoldo II, por cierto, padre de nuestra Carlota de Habsburgo. Roger Casement fue a la Amazonia peruana, a la región del Putumayo, para atestiguar cómo se repetían los mismos horrores en la explotación del caucho en esa tierras: castigos que laceran y baldan para siempre el cuerpo humano; trabajo extenuante que liquida la vida y desamparo ante los hombres de mínimo y gran poder. Sus denuncias hechas a la sombra del gobierno británico, al que sirve con eficiencia y lealtad, lo consagran como un héroe inmaculado, un orgullo del Foreign Office y de cuantos detestan el abuso y la injusticia. Todo va bien para Casement, hasta que identifica la incorporación de Irlanda al imperio británico con los abusos a los que son sometidas las poblaciones aborígenes de África y Sudamérica. En el momento histórico que vive, los años de la Primera Guerra Mundial, para Casement la independencia es posible con el auxilio de Alemania. Hacer empresa común con el enemigo de su empleador tiene un nombre: traición. En el juego del azar y los malos

cálculos, Casement será víctima de sus propias contradicciones e ingenuidad política. Abandonado por sus supuestos aliados, los alemanes, y puesto bajo la sospecha y desconfianza de sus compañeros de lucha, que han organizado un alzamiento independentista sin su consentimiento, la suerte de Casement queda marcada. El imperio británico se mostrará implacable. Su descenso al infierno comienza con su encierro en la prisión de Pentoville, y no concluirá con la muerte. La desafección será castigada humillando no sólo el cuerpo y la memoria. Casement facilita las cosas debido a su homosexualidad, que servirá de pretexto para el desprestigio; será así difícil de aceptar en su papel de héroe. El sueño desemboca en la pesadilla, que el personaje vive en la prisión de Pentonville, en el desamparo de su sufrimiento: quiso hacer el bien, pero terminó devorado por el mal. ■■■

Mario Vargas Llosa
El sueño del celta
México, Alfaguara
2010, 451 pp.

